



Etiquétame, etiquétame mucho...

Label me, label me much

María Mare

Universidad Nacional del Comahue /
CONICET

Email

mare.purcigliotti@gmail.com

ORCID

0000-0002-9250-2467

RESUMEN. Toda disciplina cuenta con un conjunto de términos y definiciones para describir su objeto de estudio. Estas etiquetas son fundamentales tanto para el análisis como para la comunicación de resultados y la subsiguiente réplica de una metodología de trabajo con otros exponentes de ese objeto. El problema surge cuando las etiquetas se confunden con el objeto mismo y comienzan a tener un rol mucho más protagónico que el científicamente deseable, haciéndonos caer en el conocido “se equivoca el cadáver, que no Galeno”. En estas páginas, proponemos algunas reflexiones que tienen que ver con este problema en el mundo de la lingüística. A tal fin, nos detenemos en las etiquetas que se utilizan para las lenguas, en las etiquetas de las clases de palabras e incluso en la propia etiqueta “palabra”.

Palabras Clave: terminología, composicionalidad, clasificación lingüística

ABSTRACT. Every scientific discipline has a set of terms and definitions to describe its object of study. These labels are fundamental both for the analysis and for the communication of results and the subsequent replication of a work methodology with other exponents of that object. The problem arises when the labels become confused with the object itself and begin to play a much more prominent role than the one desirable in Science, causing us to fall into the well-known statement that “the error is in the corpse, but not in Galen”. The following pages explore this problem in the field of linguistics. To that end, we dwell on the labels used for languages, for word classes and even on label for the word “word” itself.

Keywords: terminology, compositionality, language classifications

1 | INTRODUCCIÓN

A usted, mi querido [-AAH, +PAH]

Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez... Cierro los ojos y escucho la voz de Consuelo Velázquez. Algo en mi cabeza se activa y cambio el *bésame* por el *etiquétame* –o *etiquetáme*, mejor–, al mismo tiempo que un sustantivo aparece moviéndose de manera sensual al ritmo del famoso bolero. Usted creará que enloquecí, pero si lo piensa, más que andar besando por ahí, lo que hacemos es etiquetar. Etiquetamos la realidad que nos rodea para intentar abarcarla de alguna manera. Heredamos esas etiquetas asumiendo que son la realidad misma y no quieren los dioses que alguien nos venga a decir que tal vez, quizás, por ahí, a lo que etiquetamos de una manera, le correspondería otro rótulo. O peor aún, que a alguien se le ocurra plantear que la misma fracción de realidad puede recibir más de una etiqueta. O la herejía más imperdonable de todas: que se plantee que, según en qué nos estemos enfocando, se puede emplear una etiqueta u otra y que, en esos cambios de rótulo, puede suceder que un elemento de la realidad que está bajo una etiqueta, quede afuera bajo la otra.

Usted, por ejemplo, ¿cómo se etiquetaría? Fijese que, dependiendo del contexto, la cosa va a ir en una dirección o en otra. A mediados del 2020 nos podían etiquetar como “vacunados contra el COVID”/“no vacunados contra el COVID”. Ya unos meses después las etiquetas pasaron a referir también a la cantidad de dosis y contagios. Yo, por ejemplo, soy “tres dosis y un contagio”. Pero esa no es mi etiqueta en todos los ámbitos. En el laboral, soy “profe”, pero también soy “colega”. En el familiar, soy “hija”, “sobrina”, “hermana”, “tía”. Recibo la etiqueta de “sobrina” y “tía” a la vez. ¿Se da cuenta? Es loquísimo. Cuando viajo, soy un número de pasaporte y me conmueve cuando alguien en el control de migraciones se despide usando otra etiqueta: mi nombre. Ahora el sustantivo, que bailaba de manera sensual, está rígido, tratando de entender por qué le dije que viniera. Allá vamos, Sr. Sustantivo... téngame paciencia. Y usted, querida persona que está leyendo, también.

Las etiquetas son un problema necesario porque la realidad es un *continuum* que se nos escapa. Y para poner una etiqueta es preciso realizar algún tipo de abstracción. Y no solo eso, sino que también es fundamental definir qué aspecto de esa realidad vamos a destacar. Sin embargo, sucede que, en ese recorrido, terminamos confundiendo la etiqueta con la realidad misma. Como pasa con usted, Sr. Sustantivo. Permítame el atrevimiento, ¿no?: usted es solo una etiqueta que hemos inventado los lingüistas para describir una partecita de eso que llamamos “lenguaje humano”. Pero usted no es esa partecita. No se ofenda, por favor. Eso no lo hace menos que nadie, desde ya. Al amigo Verbo le pasa lo mismo. Y también sucede esto con otras etiquetas, como las de “español”, “mapuzugun”, “francés”. Incluso, con la más general de “lengua”, que mucha gente, confundiendo etiqueta con realidad, insiste en contraponer a “dialecto” como una cuestión de estatus. A veces, parece que se tratara de opciones excluyentes. Si estás con una, no podés estar con otra. ¿A qué viene esta monogamia etiquetera? Estamos inmersos en una realidad diversa en la que nosotros mismos encarnamos esa diversidad, como Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Necesitamos etiquetas para comprender... pero hay que estar atentos, porque muchas veces, más que iluminar el camino, funcionan como anteojeras. Así es que, sin más preámbulos, hablemos de las etiquetas en nuestra querida disciplina.

2 | TRILOGÍA ETIQUETERA. PARTE UNO: LENGUAS, DIALECTOS Y ROCK'N' ROLL

¿Qué ves? ¿Qué ves cuando me ves?

Divididos

Antes de que empecemos a bailar el rock'n'roll etiquetero, permítame hacerle una pregunta: usted ¿qué habla? ¿Una lengua, un idioma, un dialecto, una variedad? Como se dará cuenta, la lingüística no está exenta de etiquetas, con el agravante de que, a diferencia de otras disciplinas, su objeto de estudio es el lenguaje, que está íntimamente ligado a la definición de las etiquetas que se colocan. Esto lleva a que sea mucho más difícil distinguir entre la realidad de ese objeto de estudio y las etiquetas/instrumentos que utilizamos para describirlo. Un punto de partida necesario es pensar de qué hablamos cuando hablamos de “lengua”, de los nombres que damos a eso que llamamos “lenguas” y de otras etiquetas como las de “dialectos” y “variedades”.

Para revisar estos rótulos, es importante pensar qué tenemos ante nuestros ojos o nuestros oídos y hacerlo totalmente despojados de esos mismos rótulos. Como si fuéramos marcianos y nos enfrentáramos a esa porción de realidad por primera vez. Este procedimiento no es nuevo y está estrechamente ligado a la pregunta ¿qué observarían los marcianos si vinieran a visitarnos? La imagen del científico marciano que arriba a nuestro planeta y observa el comportamiento humano es un clásico de las ciencias humanísticas. Desde la lingüística, se plantea que, si el científico marciano es prolijo en su observación, va a notar que la comunicación de una de las especies, la humana, es notablemente diferente a la de otros organismos vivos. También anotaría, si es riguroso, que el medio ambiente parece incidir en el curso de este desarrollo, ya que provocaría una serie de diferencias marginales.

Ahora bien, esas diferencias marginales son un *continuum*. Si se hace *zoom* con el microscopio –o con la cámara del móvil *Android(e)*–, se podría notar que algunas de esas diferencias no alteran la comunicación, mientras que otras sí parecen incidir en la comprensión de los intercambios comunicativos. Parece posible, entonces, hacer algunas agrupaciones relacionadas con la inteligibilidad, más allá de que cada integrante del grupo, es decir, cada persona, haga emisiones no idénticas a las de otro miembro del grupo. La etiqueta podría ser “español” para diferenciarla del otro grupo que podría recibir la etiqueta “mapuzugun” o de otro etiquetado como “inglés”. Como se trata de un *continuum*, puede suceder que haya zonas difícilmente etiquetables y, por tanto, reciban otros nombres o, directamente, se las llame “dialectos” o incluso “variedades de contacto”.

Como la etiqueta es externa al objeto que se está observando, podría haber considerado otros criterios de agrupación o podría haber empezado por otros grupos. Si nuestro marciano aterriza en un lof de Rucachoroi, podría empezar colocando su primera etiqueta en la lengua que se habla ahí y considerar que todas las demás emisiones lingüísticas son desviaciones de esa que se asume como nuclear. El objeto de estudio es el mismo, pero, evidentemente, al etiquetar inciden factores no lingüísticos, como el hecho de haber aterrizado en Rucachoroi y no en Londres o en Madrid.

Como sea, para etiquetar hay que abstraer. De ahí que las etiquetas “español”, “mapuzugun”, “inglés” no sean entidades, sino abstracciones que indican un comportamiento lingüístico similar y diferenciable de otros. Cuando en lugar de usar “español” como etiqueta, por ejemplo, usamos la secuencia “variedades del español”, estamos reconociendo este *continuum*. Esta perspectiva científica, que procura diferenciar el objeto del instrumento –es decir, las lenguas que estudiamos de las etiquetas que usamos para estudiarlas–, por supuesto, nos aleja totalmente de conclusiones falaces como las relativas a la superioridad o a la espiritualidad de unas lenguas en relación con otras.

Podemos pensarlo desde otra disciplina. Si somos biólogos y estamos estudiando las aves, también hacemos abstracciones: no todos los individuos que conforman el grupo etiquetado como “pingüino” son idénticos, pero presentan una serie de propiedades que nos permiten agruparlos. Y en ningún caso diríamos que los pingüinos son superiores a las codornices en tanto aves. Es una discusión vacua y, si queremos justificarla de alguna manera, entrarán en juego cuestiones ajenas a la biología, como gustos, intereses, ideologías, etc.

Si bien parece absurdo plantear que los pingüinos son mejores que las codornices, cuando se trata de las lenguas humanas sí suelen primar apreciaciones de este tipo, como que tal es *la lengua del amor* o tal otra es *más comunicativa* o aquella de más allá *muestra un vínculo* con el entorno o que la que está en esa esquina *tiene tal espiritualidad que resulta imposible de traducir*. Ninguna de estas apreciaciones, sin embargo, tiene bases científicas y en todos los casos es fácilmente demostrable, con método científico, que estas conclusiones son falaces, lo que no significa que uno pueda tener mayor aprecio o gusto por unas etiquetas que por otras. A mí me encantan los elefantes, por ejemplo, pero no podría argumentar científicamente que me gustan porque son mejores que, pongamoslé, los koalas. Simplemente me gustan. Y con las lenguas ocurre lo mismo. Podemos sentir un gran aprecio por la lengua que se habla en nuestra comunidad y pensar que es especial, pero en realidad, objetivamente, es tan especial como cualquier otra parte de ese *continuum*, tenga o no etiqueta.

Dicho esto, debemos tener claro que, cuando se dice que el “porteño” es un dialecto del español, lo que se está diciendo es que es una manifestación que podría incluirse dentro de lo que etiquetamos como “español”. Y que a su vez, no deja de ser también una etiqueta, porque lo que realmente constituye el objeto de estudio son las emisiones de los hablantes. ¿Necesitamos agrupar para poder describir? Y... sí. ¿Necesitamos calificar para poder conocer? La verdad... no. ¿La diferencia entre lengua y dialecto es una diferencia de estatus? Desde el punto de vista científico, no. Es solo una diferencia de niveles de etiquetamiento: lengua etiquetaría una abstracción más abarcativa que, en su interior, tendría subgrupos (los dialectos o variedades), que serían más cercanos al modo particular de hablar de cada individuo (lo que llamamos “idiolectos”).

Para cierre de esta primera parte, dejé el clásico de los clásicos: “español” o “castellano”. La discusión sobre qué etiqueta ponerle a ese conjunto de variedades que se hablan en parte de la Península Ibérica y en gran parte del continente americano muestra, por un lado, lo arbitrario de la cosa y, por el otro, la tensión entre lo geopolítico y lo lingüístico. Para aflojar un poquito las polarizaciones en torno a este tema, empecemos diciendo que ambas denominaciones son correctas, más allá de las preferencias personales, con, quizás, algún tinte ideológico por alguna de ellas. Es cierto, sí, que en el ámbito académico se emplea fundamentalmente “español”. De hecho, la RAE es Real Academia Española, pero sus bases –tanto académicas como ideológicas– se asientan en la *Gramática de la lengua castellana* de Nebrija. Es interesante, porque Antonio de Nebrija escribe su gramática bajo el reinado de los reyes de Castilla y Aragón, mientras que la RAE nace en tiempos de la conformación de los estados-naciones en los que lengua y estado-nación forman un solo corazón: España-español, Francia-francés, Italia-italiano. Por esto digo lo de las cuestiones geopolíticas.

¿De dónde surge el doble etiquetamiento? Bueno, como mencioné antes, la variedad que se ganó su lugar en la primera gramática de una lengua romance fue el castellano. Y cuando digo que se ganó su lugar estoy hablando de meritocracia pura y dura. Como ya sabe, se entiende por meritocracia “el sistema jerárquico que se define a partir del merecimiento, virtud o talento”. ¿Y cuál fue la virtud del castellano? ¿A que no se imagina? Sí, eso mismo: su virtud fue ser la lengua que hablaban los reyes. Muy científico el criterio, como usted podrá apreciar. De ahí que haya tenido su gramática, de ahí que se haya expandido por los territorios conquistados por esos reyes, de ahí que, cuando se pasa a la lógica “España-español” unos siglos después, reciba la etiqueta que la deja como representante de ese *continuum* lingüístico: el español. Una etiqueta que maneja unos niveles de abstracción brutales, eso sí. Porque, como para expandirse y permanecer hay que “unificar, limpiar y fijar”,

ignoramos la realidad de nuestro objeto de estudio y dibujamos esa abstracción que, dicho sea de paso, nos indica cómo hay que hablar y cuáles son las desviaciones que tenemos que evitar. Y ya que estamos, invisibilizamos la existencia de otras lenguas (y hablantes) que conviven dentro de las mismas fronteras geopolíticas. Es lo que hoy en día etiquetaríamos como “relación tóxica” en otros contextos, ¿vió?

Bueno, hasta aquí el asuntillo de las lenguas, los dialectos y la meritocracia, porque el Sr. Sustantivo quiere saber para qué lo invitamos. Ahí vamos.

3 | TRILOGÍA ETIQUETERA. PARTE DOS: DR. SUSTANTIVO Y MR. HYDE

*Depende, ¿de qué depende?
De según como se mire, todo depende
Jarabe de Palo*

Llegó su momento, Sr. Sustantivo. Imagino que se habrá preguntado por su identidad. Es algo que todos hacemos tarde o temprano. A veces el inicio es tan simple como querer saber por qué uno lleva el nombre que lleva. Usted sabrá que ese nombre lo diferencia del amigo Verbo y también de don Adjetivo y doña Preposición (no puedo evitar imaginarlos a todos bailando el bolero de Consuelo, que recibió ese nombre porque vino a consolar a sus padres de la muerte de una hija llamada Esperanza, fíjese).

A usted lo definen de varias maneras. Vamos con la más conocida: “dícese de la clase de palabras que se emplea para designar seres, entidades y objetos”. ¡Qué tal esa definición! Es buena, ¿no? Pero... ¿usted se cree esto de que “designa seres, entidades y objetos”? No me mire así. De verdad se lo pregunto. Seamos sinceros: usted lo que hace es etiquetar... o sea, es el rey del etiquetamiento. Nos hace ubicar en el grupo “perro” a un Caniche Toy y a un Rottweiler. Hay que hacerlo, ¿eh? Pero para designar, Sr. Sustantivo, tiene que reconocer que hay un trabajo en equipo. Si digo *perro* nomás, me puedo imaginar desde un Labrador hasta un Chiguagua, pero cuando digo *el perro* ahí sí que designo uno en particular. Y si digo *mi perro*, aparece Ovidio arrastrando sus orejas y compartiendo su bof bof cansino. Eso no lo hace usted solo, Sr. Sustantivo.

Para etiquetar es el rey –no se lo discuto–, pero para designar necesita ayuda. Tal es así que si tomamos *el perro* y lo combinamos con *le metió*, ni siquiera imaginamos un animal canino dando vueltas. Salvo, claro, que desconozcan la expresión *le metió el perro* como sinónimo de *engañar*. Nadie se salva solo, Sr. Sustantivo.

Sé que en este momento está teniendo un conflicto de identidad. ¿Cómo justificamos su etiqueta, si, claramente, no designa cosas por usted mismo? Bueno, sépalo: los lingüistas justificamos su etiqueta por su comportamiento. Lo mismo hicimos con el amigo Verbo. Observamos qué características distintivas presenta y ahí le colocamos un rótulo. Usted es especial, Sr. Sustantivo, porque tiene algo que los demás no tienen: información de número e información inherente de –eso que tal vez mal llamamos– género. No, no les digo a todos lo mismo. En serio. Las demás clases de palabras o no tienen esa información –como es el caso de doña Preposición– o se la copian de otro lado... de usted, en general –como sucede con don Adjetivo y el amigo Verbo–. Fíjese: un adjetivo como *ágil*, si usted está en singular, se queda en singular (*perro ágil*) y, si usted está en plural, tiene que estar en plural (*perros ágiles*). Usted es el que manda.

Bueno, el que manda el que manda tampoco. Esto que le digo de su comportamiento está muy bien para algunas lenguas. Sin embargo, cuando se define la terminología de una disciplina, no se la propone para un subconjunto de la realidad estudiada, sino para todas las manifestaciones de esa realidad. Y si no tienen este

alcance amplio, hay que barajar y dar de nuevo. Pero usted sí parece universal. El problema es cómo definirlo universalmente.

Acá el amigo marciano que aterrizó en el lof de Rucachoroi me dice que las manifestaciones lingüísticas a las que etiquetó como “mapuzugun” tienen elementos que podrían rotularse como sustantivos, pero que difícilmente podemos decir que tienen información de número y de género “visible”. Me comenta que a esa parte de la realidad que etiquetamos con la palabra perro en español, se la etiqueta como *trewa* (se pronuncia más o menos así: *chreuá*). Pero cuando formamos el plural, *trewa* no cambia su forma, sino que aparece el elemento *pu*: *pu trewa* ‘los perros’. Y nadie copia esa información como pasa en español. *Pu* les marca el rumbo a todos los demás elementos que andan dando vueltas en la frase pronunciada, pero siempre se queda cerquita del sustantivo. El marciano que cayó en Londres levanta la mano para decir que ahí sucede algo similar, aunque es claro que la marca de número se relaciona con usted, Sr. Sustantivo. Perro es *dog*, perros es *dogs* y esa marca al final de *dog-s* aparece únicamente ahí: nadie se copia.

¿Ve qué lío es esto de las etiquetas, Sr. Sustantivo? Y fíjese este otro caso. ¿Usted diría que “paciente” es de los suyos o pertenece al grupo de don Adjetivo? ¿Qué tal si la respuesta es “depende”? Nooo, no estamos preparados para eso. Nuestro cerebro va a estallar. Pero, si yo puedo ser tía y sobrina dependiendo del entorno, ¿por qué no puede suceder lo mismo con las partes que conforman nuestro objeto de estudio? *Paciente* se comporta como uno de los suyos en la frase *Juan atendió a sus pacientes*, pero se comporta como el Sr. Adjetivo en la frase *Tenés que ser más paciente*. Si no me cree, mire el cartel que aparece en las “sendas del Tafí”.



IMAGEN 1 Cartel: Sea paciente en la ruta para no ser paciente en el hospital

Si le dijera que *paciente* es un sustantivo o es un adjetivo, como una característica que tiene de entrada, deberíamos pensar una teoría que le haga cambiar de etiqueta para un lado o para el otro, según la ocasión

–como el camaleón–, y así explicar estas dos emisiones de los hablantes. También podemos sancionar o ignorar una de las dos para no tener que despeinarnos, pero esto no es muy científico que digamos.

El “depende”, en cambio, nos ayuda a ver que se trata de un trabajo en equipo; como yo, que para ser “tía” necesito de mis sobrinos y para ser “sobrina” necesito de mis tías. Lo bonito de pensar las etiquetas como el resultado de un trabajo en equipo es que ahora podemos contar con definiciones que no están atadas a un conjunto de lenguas, sino que se aplican a todas. Es verdad que hay ciertas palabras que parecen haber nacido como sustantivos, pero eso es solo una ilusión que tiene que ver con las frecuencias de uso. Si yo me junto con mis tías cinco veces al año y con mi sobrina cada dos años, es más probable que la etiqueta “sobrina” se me aplique con mayor frecuencia que la de “tía”. Lo que no significa que pueda ser ambas cosas.

Le gustó esto Sr. Sustantivo, ¿no? Ahora no está bailando el bolero en solitario, sino que la pista de baile se llenó y usted puede ir cambiando de pareja. Es más divertido así. Pero... ¿quiénes más están bailando?

4 | TRILOGÍA ETIQUETERA. PARTE TRES: LA PALABRA PALABRA

*Palabras más, palabras más, palabras menos.
Es lo que más te puedo dar, es lo de siempre.
Palabras viejas, palabras solo como pasatiempo,
palabras que soplan en el viento,
palabras fáciles de olvidar.*
Los Rodríguez

Hablamos de las etiquetas para las lenguas. Hablamos de la etiqueta del Sr. Sustantivo como clase de palabra. Nos queda hablar de la etiqueta “palabra”. Sí, lo siento, también es una etiqueta que inventamos los lingüistas para describir nuestro objeto de estudio que, en las lenguas orales, es un *continuum* de sonidos que segmentamos siguiendo algún criterio y plasmamos, en muchas lenguas, de manera escrita respetando ciertas convenciones. Es lo mismo que sucede con la música: escuchamos un *continuum* de sonidos que segmentamos, siguiendo algún criterio, y llevamos a una partitura, respetando ciertas convenciones.

En relación con las lenguas, una convención de la escritura es dejar espacios entre diferentes representaciones de ese *continuum*. Pero esos espacios no tienen necesariamente un correlato con pausas o descenso del sonido. Un “error” clásico que refleja esta falta de correlación es el uso de la coma entre el sujeto y el predicado, lugar en el que todos hacemos y escuchamos una pausa... aunque la convención nos dice que ahí la coma, que marca pausas en el registro escrito, no se debe colocar. Convenciones, ¿vió?

Pero vamos a la cuestión de las palabras. Por ejemplo, *etiquétame* y *me etiquetó* se escriben como una palabra y como dos palabras, respectivamente. Sin embargo, en ambos casos escuchamos una continuidad de sonidos. De hecho, lo que escribimos como *me etiquetó* en realidad debería ser *metiquetó* para representar de manera más precisa lo que escuchamos (y lo que decimos): *metiqueTO* y no *ME etiqueTO*¹. Lo mismo sucede con mi animal favorito, el elefante, que, a menos que hagamos un esfuerzo, no muy distinto al de separar en sílabas, lo que decimos es *eleleFANte* (no *EL eleFANte*)

Esta diferencia entre los espacios de la escritura y las pausas o descensos de sonidos en la oralidad se observa muy bien cuando vemos por escrito letras de canciones que escuchamos mil veces. El ejemplo más conocido en

¹Para evitar que nos moleste la convención de la ortografía, usaremos mayúsculas para identificar la sílaba que presenta el acento principal cuando busquemos indicar aspectos de la oralidad.

estas tierras es el de la canción *Aurora*, cuya letra dice en una parte *azul un ala* y todos escuchamos *a zuluNAla*, e imaginamos que es otro prócer (*a Zulunala*) o una de las tantas palabras que desconocemos de esas letras de otros tiempos. Ejemplos de este tipo florecen por todos lados. Hay uno que se hizo viral y hasta se pueden encontrar remeras con esa frase: el bellissimo *emosido engañado* (*emoSido engaÑAdo*).



IMAGEN 2 *EMOSIDO ENGAÑADO*

Esto de las “segmentaciones” aparece representado en la película *La Llegada* (*Arrival*, 2016), que tiene a una lingüista como heroína (¡Sí!). Esta película estuvo asesorada por un grupo de lingüistas de la Universidad de McGill (Montreal, Canadá) y muestra el trabajo para identificar segmentos que se repiten en un *continuum* gráfico.



IMAGEN 3 *Un círculo salpicado de tinta oscura, emitido por un tentáculo de mano heptápodo*

Sin embargo, reconocer esas partes no significa que el resultado sean palabras, ya que lo que denominamos *palabra* puede estar conformado por más de un segmento aislable. Por ejemplo, en la palabra *lavacoches*, reconocemos un segmento asociado con *lavar*, otro con *coche* y otro con el plural. Y, si tuviéramos los *lavacoches* (*lolavaCOches*), agregaríamos a eso otro segmento más con información de definitud. ¿Se acuerdan

del *pu trewa* y del *dogs*? ¿Por qué en un caso escribimos la marca de plural separada y en otro unido? ¿No podríamos pensar que *pu* agrega información de plural, pero necesita ir unido al elemento que le sigue, así como la *s* de *dogs* necesita asociarse con *dog* para poder ser pronunciada? ¿Cómo cambiaría nuestra descripción gramatical si, en lugar de *pu trewa*, escribiéramos *putrewa*? ¿Diríamos, en ese caso, que los sustantivos del mapuzugun sí varían en número?

Todo nuestro edificio gramatical está construido alrededor de la palabra *palabra*, pero lo cierto es que no tenemos una definición clara, precisa y universal de palabra. La usamos para marcar el límite entre morfología y sintaxis o para clasificar las lenguas en función de la complejidad de sus palabras, pero tanteando a ciegas, asumiendo muchas veces que es parte del objeto de estudio y no una herramienta para describirlo y, tal vez lo peor, confundiendo escritura con oralidad. Así, las lenguas con menor tradición escrita o sin ella, se nos presentan como exóticas por tener palabras extensísimas que acumulan muchos significados. O todo lo contrario.

Juguemos un poco con la imagen que representa la lengua de los extraterrestres de la película, etiquetados como “heptápodos”. ¿Qué es ese círculo? ¿Una palabra o una sumatoria de palabras que terminan formando eso que etiquetamos como “oración”? ¿Los segmentos son partes de palabras o son palabras? Si decimos que el círculo es una “palabra” y que los segmentos son partes (morfemas, en la jerga técnica), seguramente concluyamos que la lengua de los heptápodos es polisintética, es decir, presenta palabras con un grado de complejidad enorme. Ahora, si decimos que el círculo corresponde a lo que etiquetamos como “oración” y que los segmentos son “palabras”, concluiremos que la lengua de los heptápodos es aislante, es decir, con palabras que carecen de complejidad interna. El *continuum* de sonido que acompaña a los círculos en la película no ayuda mucho y las etiquetas nos muestran que el instrumento condiciona nuestra descripción y análisis.

El marciano que está en el lof de Rucachoroi (o Ruca choroi), comiendo piñones y aprendiendo a tocar la pifilca, nos dice que él se siente como la lingüista de *La Llegada*, pero no solo en relación con eso que etiquetó como “mapuzugun”, sino también a lo que etiquetó como “español”. Todas las emisiones lingüísticas que escucha son un *continuum* y no está muy seguro de cómo segmentar las partes, si bien identifica secuencias que se repiten y que ya está aislando algunas piezas para armar el rompecabezas. Nos dice que, si nos interesa su opinión, afirmarí que, en ese sentido, no son muy distintas las dos lenguas que escucha, porque en ambos casos pasa lo mismo: reconoce partes menores que se van combinando para construir secuencias más complejas. Agrega que, para su organización y comprensión de eso que escucha, va a segmentar por bloques, siguiendo el consejo de sus maestros: divide y triunfarás. Sin embargo, aclara que esos bloques no son la realidad. Son solo un recurso para abarcar esa realidad. A esos bloques, les irá poniendo etiquetas a medida que identifique aspectos comunes y diferencias. Necesita de esas etiquetas para comprender, concluye. Lo miro algo agotada ya y el bolero de Consuelo vuelve a mi cabeza.

5 | A MODO DE CIERRE

Bueno, hasta acá llegamos. Después de poner y sacar etiquetas, bailar boleros, cantar *rock'n'roll* y conversar con marcianos, entenderá mi cansancio. En este derrotero, usted se habrá dado cuenta de que nadie se salva solo; que en ese *continuum* que nos presenta la realidad para decir que una partecita se puede etiquetar con el nombre de una lengua es necesario que haya otras partecitas que se diferencien; que para plantear que algo es un sustantivo o un verbo, necesitamos reconocer con qué otros elementos se vincula y que para indicar que algo es una palabra, debemos despojarnos de las anteojeras de la escritura y de lo que creemos saber. Básicamente, necesitamos ser muy conscientes de la diferencia entre el objeto que queremos describir y las herramientas que tenemos

para hacerlo. Si hay una parte que no podemos describir, deberíamos desconfiar de nuestras herramientas y no abrazarnos a ellas negando o deslegitimando lo que no puede abarcarse con ellas. De eso se trata la actividad científica.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a Juanjo Arias, a Clau Herczeg y a la Gabi Zunino, por la lectura, comentarios y sugerencias.... Y a la música, por la compañía y la inspiración.

LECTURAS "TRANQUI" PARA AMPLIAR

Mare, María (2020). Clases de palabras y predicación. Reflexiones para la enseñanza. *Revista de Lingüística y Filología*, 46(1), 221-241. Doi: 10.15517/rfl.v46i1.41117.

Mendívil Giró, José Luis (2022). Deconstruyendo las funciones sintácticas. *ReGROC IV*, 20- 39.
Doi: 10.5565/rev/regroc.62

Moreno Cabrera, Juan Carlos (2021). *La clasificación de las lenguas*. Madrid: Síntesis.

LA DISCUSIÓN TEÓRICA ATRÁS DE ESTE ARTÍCULO DIVULGATIVO (MUY BREVE SELECCIÓN)

Alexiadou, Artemis, Hagit Borer & Florian Schäfer (eds.) (2014). *The Syntax of Roots and the Roots of Syntax*. Oxford: Oxford University Press.

Borer, Hagit (2005). *In name only*. Oxford: Oxford University Press.

Caha, Pavel (2018). Notes on insertion in distributed morphology and nanosyntax. En Lena Baunaz et. al. (eds.) *Exploring Nanosyntax*. New York: Oxford University Press, 57-87.

Chomsky, Noam (1957). *Syntactic Structures*. The Hague: Mouton.

Chomsky, Noam (1995). *The Minimalist Program*. Cambridge: MIT Press.

Chomsky, Noam (2000). Minimalist inquires: The framework. En Roger Martin, David Michaels y Juan Uriagereka (eds.) *Step by step: Essays on minimalist syntax in honor of Howard Lasnik*. Cambridge: MIT Press, 89-156.

Halle, Morris & Alec Marantz (1993). Distributed Morphology and Pieces of Inflection. En Ken Hale & Samuel Keyser (eds.) *The view from Building 20*. Cambridge: MIT Press, 111-176.

Harley, Heidi (2014). On the identity of roots. *Theoretical Linguistics*, 40(3/4), 225-276. Doi: 10.1515/tl-2014-0010

Jackendoff, Ray (2011). What is the human language faculty? Two views. *Language*, 87(3), 586-624. Doi: 10.1353/lan.2011.0063

Marantz, Alec (2001). *Words and things*. Manuscrito, MIT.

- Mendívil Giró, José Luis (2019). La adaptación de las lenguas al entorno: una aproximación crítica. *Glosema. Revista Asturiana de Lingüística*, 1, 139- 175. Doi: 10.17811/glosema.1.2019.139-175
- Moreno Cabrera, Juan Carlos (2014). El español hablado como lengua aglutinante y polisintética. En José María Santos Rovira (ed.) *Ensayos de Lingüística Hispánica*, Facultad de Letras: Universidad de Lisboa, 177-216.
- Vanden Wyngaerd, Guido, Karen de Clercq & Pavel Caha (2021). Late insertion and Root Suppletion. *ReVEL*, edición especial, 19 (18), 81- 123.

REFERENCIAS DE LAS IMÁGENES UTILIZADAS

- Maria [@folkloholic]. «Cuando cae en el examen una pregunta del tema que el profesor dijo que no entraba <https://t.co/zFtGF66s8z>». Twitter, 5 de julio de 2016, <https://twitter.com/folkloholic/status/750415728138940416>.
- Rhodes, Margaret. «How “Arrival’s” Designers Crafted a Mesmerizing Alien Alphabet». Wired. www.wired.com, <https://www.wired.com/2016/11/arrivals-designers-crafted-mesmerizing-alien-alphabet/>. Accedido 17 de noviembre de 2022.
- Tafí del Valle [@tafidelvalle]. «Y si lees este cartel es que el Valle está aisito BuenViernes!Tucuman Argentina Norte <https://t.co/DIKlss4mWh>». Twitter, 1 de noviembre de 2019, <https://twitter.com/tafidelvalle/status/1190284802471202816>.